

## Libros

### Una mirada femenina a la Iglesia

**Título:** *La gran prostituta. Tópicos sobre la Iglesia a lo largo de la Historia*

**Autor:** Lucetta Scaraffia (ed.)

**Editorial:** San Pablo



Siete mujeres. Siete historiadoras ante un reto común. Siete mujeres, no todas ellas creyentes, y una pasión: la investigación minuciosa. Siete mujeres y un *leit motiv*: la verdad sobre la Iglesia en la Historia como pasión a la hora de ofrecer una perspectiva femenina, en ningún caso con la intención de ofrecer un texto más de apologética. Lo que pretenden las autoras de este volumen ha sido que, en los temas polémicos y recurrentes sobre la historia de la Iglesia –esos temas que, en los diálogos y debates varios, siempre aparecen como argumentos deslegitimadores de lo cristiano–, los lectores tengan una serie de datos y contextos que permitan explicar adecuadamente lo que ocurrió y por qué ocurrió lo que ocurrió. Siete mujeres ante un prejuicio, o muchos prejuicios. Como diría el Beato John Henry Newman, el hombre con prejuicios, «si se encuentra con alguna historia perjudicial para los católicos, fundada o no en fuentes autorizadas, y que apenas profundiza en la idea que tiene de ellos, la hace suya rápidamente».

No es infrecuente que, en ocasiones varias, oigamos hablar de la escasa preocupación de los creyentes por la formación en lo referido a las cuestiones de fe y en lo referido a la vida de la Iglesia, en el pasado y en el presente. Es necesario, incluso para la maduración en la vida de fe, el acceso a la información y al conocimiento de las fuentes, de la vida de la comunidad cristiana, de los contextos, de las respuestas, unas acertadas y otras no, en cada momento de la Historia. Respecto a la presencia del pecado en la Iglesia, y de los pecados de los hombres y mujeres de Iglesia, el escándalo sobre lo pasado es más que un argumento, se convierte en actitud vital. De ahí que, para profundizar en la reforma en la que está inmersa la Iglesia con el Papa Francisco, no está de más conocer en qué momentos anteriores, y por qué causas, se han producido corrientes de renovación. La reforma en la Iglesia siempre ha sido contexto adecuado para las expresiones de su vitalidad. En este sentido, el historiador inglés Toynbee escribió que, «indudablemente, el catolicismo es la forma de cristiandad occidental que más vigorosos signos de vida demuestra».

¿Qué temas, por tanto, han preocupado a las autoras de este libro? ¿Cuáles son los tópicos a los que se han referido? Una vez que Lucetta Scaraffia propone los marcos de comprensión de lo que se pretende con este libro, el menú es el siguiente: la imagen de la gran prostituta en la historia de la Iglesia, ese modo injurioso como es conocida por sus críticos desde hace muchos siglos; los mitos en torno a los orígenes del cristianismo; sobre el celibato eclesiástico; la Iglesia como madre de todas las inquisiciones; la afirmación de que los protestantes son más modernos; un texto a propósito del antisemitismo; el supuesto odio al sexo; la Iglesia como enemiga de la ciencia; como opresora de las mujeres; y una última aportación dedicada a deshacer la especie de que la Iglesia quiere que los fieles sufran. Siete mujeres y una aportación divulgativa en la que la mano femenina es capaz ofrecer una perspectiva muy atractiva.

José Francisco Serrano Ocejja

### Comprender la palabra de Dios

**Título:** *Carta a los Hebreos*

**Autor:** Albert Vanhoye

**Editorial:** BAC



La BAC ha iniciado la edición de una importante colección de comentarios a los libros de la Sagrada Escritura, una vez que se aprobara la versión oficial de la Conferencia Episcopal. Contamos, entre otros, con las actas del Congreso *La Sagrada Escritura en la Iglesia* y con el comentario al evangelio de Juan por Antonio Rodríguez Carmona. Ahora, nos llega el comentario a la *Carta a los Hebreos*, del escriturista Albert Vanhoye, un especialista de primera que ha dedicado, a lo largo de su vida, muchas horas a este apasionante texto.

J.F.S.

## Libros

### Voz de los sin voz

Me advirtieron que era mejor que rebajara un poco mi intervención pública. Se trataba de presentar el último libro que he escrito [*Palabra de Hannah Arendt. Ser o no ser periodista en la era punto cero*. Ediciones Encuentro]; la idea (presuntamente) era vender ejemplares, no poner dedos en llagas.

Lo cierto es que el libro en cuestión novela el oficio de una periodista judía, Hannah Arendt, que vivió un auténtico martirio profesional por defender la verdad. En su caso, cometió la osadía de contravenir al Gobierno del Estado de Israel, que juzgaba a un verdugo nazi. No se plegó a la realidad oficial, con el agravante de que ella misma era judía. Aunque hay matices más que discutibles en sus reportajes, siempre me ha seducido su valentía.

De hecho, ella había denunciado en la Alemania de Hitler algo que me parecía profético para nuestros días: la combinación letal entre la superficialidad, los clichés culturales y el miedo a disentir de lo que la sociedad considera normal. En este mundo nuestro, orgulloso de sus



Arendt denunció en la Alemania de Hitler algo profético para nuestros días: la combinación letal entre la superficialidad y el miedo a disentir de lo que la sociedad considera normal

progresos, muchas veces se repite la fatalidad de la Historia. Se dan por lógicas y razonables auténticas barbaridades (el asesinato masivo de minorías religiosas, el aborto de inocentes, el hambre de medio mundo y el sobrepeso del otro medio...) Y plantear un debate sobre qué es el periodismo (ésa era

mi intención), sin aludir a esas realidades, me parecía un fiasco.

Sopesaba el consejo de suavizar alusiones a verdades políticamente incorrectas. Es cierto que recordaba con pesar las veces que alguien, entre el público, me ha increpado diciendo que llamo nazis a los abortistas. Evidentemente, eso no es cierto. Pero cada vez que pasa, por un lado me apena no ser capaz de explicarme mejor, de plantear un diálogo sereno y profundo sobre una cuestión tan vital... Y, por otro lado, constato la visceralidad ideológica que empaña tantos debates sobre lo humano.

Andaba pensando, digo, cuando de golpe y porrazo me quedé sin voz. Sin nada de voz. Tenía que escribir mi intervención. Y debatir con una pantalla de ordenador. Me acordé de Zacarías. De su cobardía, y de la acción de Dios, que le desató la lengua. Impotente, muda, me confirmé en lo evidente: si los que tenemos voz no se la damos a los que no la tienen, ¿quién les va a oír? Qué paz comprobar que, también en esta historia, el Espíritu hizo el resto.

Teresa Gutiérrez de Cabiedes